

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

Viaje a las raíces del odio. Entrevista a Mitzi Goldman

Autor/es:

Nuño, Ana

Citar como:

Nuño, A. (1999). Viaje a las raíces del odio. Entrevista a Mitzi Goldman. La madriguera. (14):63-65.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41734>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA



EL VIEJO TOPO

Viaje a las raíces del odio

Entrevista a Mitzi Goldman

Ana Nuño

Esta entrevista se realizó el 25 de junio de 1997, en la Brasserie Baltar de París. Mitzi Goldman acababa de llegar de Barcelona, adonde había sido invitada a participar, junto con Deepa Mehta, Yan Lui y Violaine de Villiers, en el V Festival de Cine de Dones. En este marco presentó, por primera vez en España, el documental *Hatred*, estrenado recientemente en una sala barcelonesa. Goldman imparte clases de cine en la Universidad de Murdoch (New South Wales, Australia), y es autora de los documentales *Snakes & Ladders* (1987), *Things I Call Mine* (1989), *Many Homes, Many Names* (1989, producido por la televisión australiana) y del reciente *Strangers Of The Same Blood* (1998). En una conversación previa a la entrevista, Goldman insistió en el hecho de que su intención en *Hatred* no era “volver a llover sobre mojado, repetir los viejos clisés, demostrar que el odio es malo. Por el contrario, pienso que hay situaciones en las que el odio es fértil, productivo, necesario.”

—Estás preparando una tesis de doctorado sobre los nacionalismos. ¿Cómo relacionarías odio y nacionalismo?

—Pienso que lo más interesante del actual auge del nacionalismo, de la percepción que tenemos actualmente del nacionalismo como un fenómeno capital, es la emergencia y la valoración de la necesidad de una definición nacional. Vivimos en un mundo marcado por el colapso de la bipolaridad, la desaparición de los contrastes marcados, del blanco opuesto al negro; en un mundo en el que dominan los grises. Ante esto, se produce una búsqueda de certidumbres. Creo que es importante estudiar esta situación con mucho detenimiento y evitar utilizar las viejas categorías, las dicotomías gastadas. Es precisamente la utilización indiscriminada de estas dicotomías lo que nutre el discurso y la acción de la extrema derecha, y en su nombre se manipula a la gente, se manipulan los miedos de la gente para generar mo-

vimientos de masa reactivos, para desencadenar la histeria colectiva y la violencia contra los extranjeros, contra lo que se perciba como diferente. Hay que ser más modesto y estudiar con detenimiento el fenómeno del nacionalismo. Sólo así se puede percibir la diferencia entre diferentes tipos de nacionalismo, diferentes políticas de inmigración, y cómo estas políticas se relacionan con problemas específicos en cada país. La situación aquí, en Francia, no es la misma que en Alemania o en Australia. No estoy diciendo que haya que adoptar una actitud pasiva, sino que hay que comparar y establecer valoraciones y contrastes.

—Hannah Arendt, en los Orígenes del Totalitarismo, establece un contraste entre el nacionalismo de Estado, surgido en el siglo XVIII en Francia, y el nacionalismo étnico o identitario, cuyos orígenes sitúa en el Imperio austrohúngaro. El primero hizo del ciudadano su piedra angular, el segundo ligó la idea de nación a la pertenencia a una etnia, confesión o uso de una lengua. Cuando hablas de nacionalismo, ¿a cuál de estas dos definiciones u otras te refieres?

—La idea de un estado secular, donde los habitantes nacen y son ciudadanos o pueden naturalizarse, donde no se definen por su etnicidad o sus orígenes confesionales, donde el hecho de ser judío, católico, blanco, negro o amarillo no incide en esa condición básica de ciudadano, esta idea es, sin duda, un ideal. Pero subyace siempre un conflicto en la concepción misma de este tipo de estados, en su propia elaboración. La homogeneidad que se postula en un sistema como ése, que invoca la igualdad de todos sus miembros, desemboca, en la mayoría de los casos, en la imposición de un modelo. Ese modelo impositivo puede moldearse en función de varios parámetros. Uno de ellos es la lengua. Por ejemplo, tomemos el caso de Australia. En Australia, hasta los años sesenta, la política de inmigración era una política abierta, decididamente para blancos, pero a partir de ese momento se impuso otra política migratoria, basada en criterios multiculturales. En ese momento, lo políticamente correcto era esa política multicultural. Oficialmente, este sigue siendo el caso. Ahora bien, dentro de este modelo —que, repito, es un mode-

lo que se reclama abiertamente de la multiculturalidad-, hay una categoría, resumida por las siglas NESB ("Non English-Speaking Background"), en la que entran las personas cuya lengua materna es otra que el inglés. En otras palabras, ¿qué dice el discurso oficial? Dice: "Australia es una nación multicultural, donde pueden vivir personas de todos los orígenes y razas, todos son ciudadanos por igual y, como tales, todos acceden a los mismos derechos y deberes, etc." Pero simultáneamente, se admite la existencia de un grupo distinto del conjunto de los ciudadanos por un hecho de lengua. En Australia, nación políticamente correcta, esta discriminación es positiva, y los no anglófonos reciben ayudas del estado por el hecho de serlo. Visto desde otro ángulo, sin embargo, la realidad es que se utiliza este ridículo eufemismo para establecer una diferencia entre australianos angloparlantes, británicos y estadounidenses, por un lado, y los demás.

Para resumir un poco, creo que lo que intento decir es que ambas concepciones son problemáticas. La concepción étnica de la nacionalidad, basada en la religión o la raza y desligada del estado ciudadano, es un marco potencial para la aparición de guetos tribales, como está ocurriendo, una vez más, en Europa. Ésta es la concepción que rechaza una nación como la australiana. Por otro lado, los estados seculares, basados en el contrato social y la figura del ciudadano y la noción de igualdad de derechos, imponen asimismo una serie de exigencias. Si quieres ser australiano, has de hablar correctamente inglés. Esto entraña una paradoja, una contradicción profundamente arraigada en esta concepción de la nación, ya que incluso en una nación que se concibe como multicultural, el esquema impuesto y dominante es homogeneizador. Quien quiera formar parte de la nación-estado australiana tiene que adaptarse a sus usos y costumbres, adoptarlos y hacerlos suyos; sólo así -y aquí reside la contradicción- podrá Australia ser una nación multicultural.

-¿Hay otros modelos que los descritos por Arendt?

-Pienso que nos encontramos en un momento histórico de superación de estos dos modelos. Vivimos en un mundo en el que las fronteras no están claramente trazadas. Ahí está Europa, por ejemplo, que vive un proceso de transformación, con la aparición de la Unión Europea, o el caso de Australia, que procura integrarse y formar parte de Asia...

-Ese proceso de integración topa con una importante oposición, ¿no? Hay un poderoso movimiento de extrema derecha en Australia que se opone a ello...

-Es cierto. Hay resistencias de ambos lados, dentro y fuera de

Australia, en los países asiáticos, que no se toman en serio el que un país como éste, básicamente conformado por europeos, pretenda formar parte de Asia, más allá de su pertenencia geográfica a ese entorno. Este tipo de oposición, de raigambre cultural, parece inerradicable, se produce en todo tipo de contextos. Las diferencias culturales siempre existen, este no es el problema; el problema reside en saber cómo tenemos que vivir y trabajar y luchar, como ciudadanos libres, en y contra esas diferencias culturales. Es decir, cómo vivir a la vez determinados por ellas y libres de sus limitaciones; cómo definir nuestras identidades contextualmente -global y nacionalmente-, sin por ello tener que renunciar a nuestras especificidades. Por supuesto, no tengo respuestas. Pero este proceso de cuestionamiento e indagación en el sentido de la nacionalidad -qué significa la nación, qué significa pertenecer a una nación- es claramente el proceso más importante, más determinante de esta época que vivimos.

En ese circuito cerrado en el que se encuentran palestinos e israelíes también hay una rara especie de amor

-Hablemos de tu película, Odio. Cuando fuiste a Israel, interrogaste a palestinos y judíos, a ciudadanos de Israel de origen judío, a palestinos viviendo en Israel. Es decir, en

tus entrevistas incluías a gente de muy diversos orígenes y procedencias, a las que hacías preguntas muy sencillas; las preguntas que haces a todas las personas que entrevistaste para tu película: ¿qué es el odio? ¿Qué significa odiar para ti?. Sin embargo, sus respuestas me parecieron, la mayoría de las veces, estereotipadas. ¿Me equivoco?

-No, en absoluto. Es aquí donde descubres que sí existen las fronteras, que de repente has traspasado un límite y te encuentras en un contexto completamente distinto. Es cierto que en las respuestas de las personas que entrevisté en Sidney, en Berlín, en Nueva York, en Jerusalén puede percibirse una relación directa al contexto inmediato. Pero en Jerusalén ocurría algo más. Para decirlo de una manera muy somera, es como si la gente de Jerusalén fuera incapaz de responder a esas preguntas sencillas sin referirse permanentemente al conflicto israelí-palestino o al Holocausto. Las referencias que manejaban en torno al asunto del odio eran exclusivamente esas dos. Y, claro, eso explica el hecho de que las respuestas sean estereotípicas en este caso. Pero esos clisés son inevitables porque hay una realidad, que los engendra, también inevitable. El trauma es un hecho determinante para la psique de la mayoría de los israelíes, y la identidad misma de los israelíes se ha forjado sobre la base del trauma. Y lo mismo sucede con los palestinos en Oriente Medio. Su situación está tan determinada por la lucha por alcanzar la autonomía y la autodeterminación, que les resulta imposible hablar de este tema en otros términos.

Pero hay algo más que me resultó fascinante en la experiencia israelí. En ese circuito cerrado en el que se encuentran palestinos e israelíes, los mueve el odio que se tienen, pero también hay una rara especie de amor. La familiaridad que ha engendrado el encierro en una lucha tan prolongada, una lucha que podría no tener fin, conduce al reconocimiento de que ambos forman parte de esa realidad, son los dos términos de una batalla. Por supuesto, palestinos e israelíes no aceptan que esto sea así, y es lógico, porque ambos quieren salir de ese circuito, romper el cerco. Pero ese antagonismo que los une tiene algo trágico y también fascinante.

De todas maneras, hay que decir que hablar del odio no es fácil, y no sólo para ellos. El odio se forma y se nutre de muchas cosas, que resulta difícil analizar y separar. El odio está hecho de miedo, resentimiento, envidia, y también de su opuesto, de amor. El odio nunca es sólo odio. Es un cóctel de sentimientos mudables e inconstantes, de vulnerabilidades e inseguridades, que, por eso mismo, tiene la capacidad de mezclarse con un trozo de tierra, una nación, una religión.

—¿Crees que el lenguaje es o puede llegar a ser el fósforo que enciende la mecha del odio? Estoy pensando, sobre todo, en una utilización del lenguaje que permite bien escamotear la realidad, bien agravar los conflictos. En la ex Yugoslavia, por ejemplo, políticos y periodistas se negaron a hablar de masacres, y en cambio utilizaron sistemáticamente la expresión "limpieza étnica". Esto trae a la mente 1984 de Orwell, con su "Newspeak".

—Estoy de acuerdo, y también pienso que, en un contexto como este del que estamos hablando, el lenguaje es crucial. Cuando estudias los orígenes del nacionalismo, de cualquier clase de nacionalismo, descubres que el lenguaje es el elemento fundamental. Todos los nacionalismos apelan a la unidad lingüística. Por otro lado, ante fenómenos como el que evocabas, pienso que un análisis lingüístico de los eufemismos puede ser muy útil. Esa expresión, "limpieza étnica", supone un intento de esterilizar, de ofrecer como "puro", no manchado, aceptable por

consiguiente, unos hechos realmente atroces. La palabra "cleansing", "limpieza" es muy insidiosa, porque a través de ella se establece una odiosa comparación con la enfermedad, con lo infeccioso. Por supuesto, los nazis la prodigaron en su propaganda. A pesar de que se pretenda, con la expresión "limpieza étnica" quitarle hierro a una realidad terrible, en realidad es una frase que remite a una cantidad considerable de referentes históricos, cargados de imágenes espeluznantes. No pienso que la utilización de eufemismos como éste sea inocente. Lo que ocurre

es que la gente los prefiere porque eso exige de utilizar palabras como odio, estamos socializados precisamente para evitar estas palabras. Y sí, pienso que el recurso a los eufemismos es algo peligroso, así como también es peligrosa la utilización de un lenguaje sensacionalista para reducir fenómenos complejos a argumentos simplistas. Dicho de otro modo, también

puede resultar peligroso utilizar la palabra odio sin más. Por esta razón hice esa película, para mostrar cómo esa palabra, aparentemente simple y sensacionalista, es mucho más de lo que parece, y que siempre es tributaria de un determinado contexto. El lenguaje, en suma, es fundamental cuando se trata de definir qué es la nación o la cultura o la identidad o cómo la gente se define en oposición a los otros. El lenguaje, el uso del lenguaje, es la llave para comprender cómo se estructura, cómo se construye el fenómeno nacional ♦



Fe de erratas

En el comentario de la película *De todo corazón* aparecido en el nº 123 de *El Viejo Topo* un error cambiaba el sentido de uno de los párrafos: en la pág. 65, donde dice "A Guédiguian le interesa menos mostrar la criminalización y la falta de referentes de las generaciones precedentes" debía decir "A Guédiguian le interesa menos mostrar la criminalización y la falta de referentes de las generaciones más jóvenes que señalar las responsabilidades de las generaciones precedentes".

Asociación de víctimas de las erratas de "La Madriguera"